

**Homilía por III Domingo de Adviento
en la Festividad de Nuestra Señora de Guadalupe, Reina de las Américas
11 de diciembre 2016**

Con mucho gusto y afecto, en nombre del Papa Francisco y mío personal saludo muy cordialmente a Padre Evelio Menjivar, Pastor de esa amada Parroquia de Nuestra Señora Reina de las Américas, a los sacerdotes, Diacono Jorge Vargas, religiosos, religiosas, padres y a todos y cada uno de los fieles. Saludo particularmente a las niñas, niños y adolescentes de la parroquia.

En la primera lectura (Is 35:1-3), el profeta Isaías dice: «*Regocíjate, yermo sediento. Que se alegre el desierto y se cubra de flores, que florezca como un campo de lirios, que se alegre y de gritos de júbilo, porque le será dada la gloria del Líbano, el esplendor del Carmelo y del Saron. Ellos verán la gloria del Señor, el esplendor de nuestro Dios.*»

Este domingo se llama domingo *Gaudete* porque el Apóstol Pablo escribió: “*Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. El Señor está cerca.*” (Flp 4, 4-6). La alegría cristiana brota de esta certeza: Dios está cerca, está con nosotros, en la alegría y en dolor. La verdadera alegría no es un simple estado de ánimo pasajero, ni algo que se logra con el propio esfuerzo, sino que es un don, nace del encuentro con la persona viva de Jesús.

En nuestro camino de fe, nuestro encuentro con Jesús a veces pasa a través de María. El Evangelio describe esto en el caso de Isabel. Escuchamos cómo María fue al encuentro de su prima Isabel. Sin demoras, sin dudad, sin lentitud va a acompañar a su pariente que estaba en los últimos meses de embarazo. La verdadera alegría no es fruto del divertirse, es decir, desentenderse de los compromisos de la vida y de sus responsabilidades. La verdadera alegría está vinculada a la relación con Dios.

La acción de María es una consecuencia de su relación con Dios y *Dios el amor* (1 Jn 4,16): acude a Isabel para ponerse a su servicio; y en este salir de su casa, de sí misma, por amor, lleva cuanto tiene de más valioso: a Jesús; lleva al Hijo, la verdadera Alegría del mundo.

Pero, ¿cómo decide a ir a casa de Isabel? Papa Francisco explica:

«María sabe escuchar a Dios. Atención: no es un simple «oír», un oír superficial, sino que es la «escucha» hecha de atención, acogida, disponibilidad hacia Dios. Pero María escucha también los hechos, es decir, lee los acontecimientos de su vida, está atenta a la realidad concreta y no se detiene en la superficie, sino que va a lo profundo, para captar el significado. ... Esto vale también en nuestra vida: escucha de Dios que nos habla, y escucha también las realidades cotidianas: atención a las personas, a los hechos, porque el Señor está a la puerta de nuestra vida y llama de muchas formas, pone signos en nuestro camino; nos da la capacidad de verlos. María es la madre de la escucha, escucha atenta de Dios y escucha igualmente atenta a los acontecimientos de la vida.» (Palabras del Santo Padre Francisco, 31 de mayo 2013)

De nuevo, a veces, en nuestro camino de fe, nuestro encuentro con Jesús pasa a través de María. Sin duda este fue el caso de San Juan Diego. María escuchó los gritos de los pueblos y un continente. Así como visitó Isabel, María se le apareció a San Juan Diego en el Tepeyac. Era una nueva Visitación. Se presentó como “la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios.”

Corrió premurosa a abrazar también a los nuevos pueblos americanos. Como dijo Su Santidad en la festividad de la Virgen de Guadalupe hace dos años:

«El Hijo de María Santísima, Inmaculada encinta, se revela así desde los orígenes de la historia de los nuevos pueblos como ‘el verdad erísimo Dios por quien se vive’, buena nueva de la dignidad filial de todos sus habitantes. Ya nadie más es solamente siervo sino todos somos hijos de un mismo Padre hermanos entre

nosotros, y siervos en el siervo. » (cf. Homilía del santo Padre, 12 de diciembre de 2014)

Repito: *Todos somos hijos de un mismo Padre*. Nuestra verdadera madre es la Virgen de Guadalupe. Somos hermanos. Pero algunos no ven esto. Nuestro mundo está cambiando. Hay sombras y la oscuridad. Recientemente el Papa advierte del virus de la polarización:

«La nuestra es una época caracterizada por fuertes cuestionamientos e interrogantes a escala mundial. Nos toca transitar un tiempo donde resurgen epidémicamente, en nuestras sociedades, la polarización y la exclusión como única forma posible de resolver los conflictos. Vemos, por ejemplo, cómo rápidamente el que está a nuestro lado ya no sólo posee el estado de desconocido o inmigrante o refugiado, sino que se convierte en una amenaza; posee el estado de enemigo. Enemigo por venir de una tierra lejana o por tener otras costumbres. Enemigo por su color de piel, por su idioma o su condición social, enemigo por pensar diferente ... Y sin darnos cuenta esta lógica se instala en nuestra forma de vivir, de actuar y proceder. Entonces, todo y todos comienzan a tener sabor de enemistad. Poco a poco las diferencias se transforman en sinónimos de hostilidad, amenaza y violencia.» (Homilía del Santo Padre, 19 de noviembre de 2016)

Pero, no podemos seguir nuestro camino de vida y fe en esta manera. No podemos vivir en el miedo y la desesperación. El profeta dice: «*Regocíjate!*» ¿Cómo es posible? En medio de tantas dudas y dificultades, la alegría existe porque Dios existe y está con nosotros. En estos momentos amenaza, debemos escuchar a quien nos escucha – María: « ¿por qué tenés miedo, acaso no estoy yo aquí que soy tu madre? »

Di nuevo, el Papa afirma:

«La Santa Madre de Dios visitó a estos pueblos y quiso quedarse con ellos. Dejó estampada misteriosamente su imagen en la “tilma” de su mensajero para que la tuviéramos bien presente, convirtiéndose en símbolo de la alianza de María con estas gentes, a quienes confiere alma y ternura.» (cf. Homilía del santo Padre, 12 de diciembre de 2014)

Si. María es siempre con nosotros. Y La Nuestra Madre lleva al Hijo. En este - en Él - tenemos esperanza. Y *la esperanza no desilusiona* (Rom 5,5). Queremos hacer de esa esperanza algo que mueva nuestra existencia como un remedio para el virus de la polarización. El remedio es el amor. El Papa Francisco decía que todos los discípulos del Señor tenemos como propia la misma vocación que Santa Teresita del Niño Jesús logró identificar como suya. “*En el corazón de la Iglesia –escribió ella-, yo seré el amor*”.

Por eso estamos aquí: como hermanos, como hijos en el Hijo, para recibir la ternura de María y para aprender de Ella ser portadores de amor y alegría.

Que Santa María de Guadalupe, Madre del verdadero Dios y Madre nuestra, interceda siempre por todos y cada uno de nosotros, por todos los amantes de la paz y la fraternidad!